

IMPORTANCIA FUNDAMENTAL DE LA EXPERIENCIA DE UNA CONTINUADA CONVERSIÓN A JESÚS

Objetivos

- Reconocer que la conversión es un proceso que dura toda la vida, acogiendo con generosidad la voluntad y gracia de Dios.

El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca. Renunciad al mal camino y creed en la Buena Nueva.

Mc 1, 15

1. INDICACIONES PREVIAS:

En el proceso de la conversión se puede caer en dos errores:

1. Creer que la conversión, una vez comenzada es total y permanente, y ya no hay que esforzarse más.
2. Pensar que, tanto la conversión como la perfección cristiana, son tan difíciles de alcanzar, que nos entre el desánimo y renunciemos a un mayor esfuerzo, quedando en la mediocridad, tibieza (el que no avanza, retrocede) o, peor aún, que renunciemos a intentarlo.

Hay que tener la madurez suficiente para comprender que en esta vida no hay nada total: ni conversión, ni santidad, ni amor, ni nada si no se sigue trabajando día a día en ello. Todo es un camino progresivo hasta la muerte. Lo importante es estar convencidos de que el cristiano ni es el hombre perfecto, ni se le pide ser perfecto, sino dejarse amar y modelar siguiendo la voluntad de Dios que todo lo transforma, e intentar vivir la vida de Jesús manteniendo la intimidad con Él cada vez más profunda y frecuentemente.

La meta es elevada, pero alcanzable poco a poco hasta llegar a la cumbre, el paso de este mundo al Padre que, ante nuestro esfuerzo, nos premia con aquello que nos falta. Hay que pedir sabiduría y asistencia al Espíritu para conocer el modo ordinario de actuar de la gracia de Dios en su obra de santificación en cada uno, que es también nuestra obra, desde el momento en que nos decidimos a cooperar con Él, que lo espera.

Hay que tener claro que nuestro esfuerzo no convierte a Dios en acreedor porque la gracia de Dios, la acción del Espíritu es soberanamente libre, hasta el punto de que no usa de metodología ninguna (Jn. 3, 8: Jesús se lo da a entender a Nicodemo). Pero también es cierto que, si la persona responde con todo su ser, el Espíritu Santo actúa con eficacia y prontitud.

Esto es lo que quiere decir el dicho de san Agustín: “Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti”. Es decir, el proceso de conversión y santificación depende de Dios, pero también de ti. Se establece una armonización entre la naturaleza y la gracia, la acción divina y la libertad humana.

La afirmación de Jesús: “Sin mí nada podéis hacer” (Jn. 15, 5), hay que acogerla con libertad interior y colaborar de forma necesaria y decisiva con Él, creando así la armonía entre la acción de Dios y la del hombre. En definitiva, la acción de Dios es un hecho real pero, salvo raras excepciones (Pablo en el camino de Damasco) es una acción lenta y progresiva. Este es el caso de casi todos los santos.

En definitiva, el proceso de la conversión, de la purificación, del crecimiento debe ser ascendente, pero con conciencia clara de que es un proceso lento, que requiere tiempo, cooperación libre y que frecuentemente es doloroso. Pero sabemos que la

acción poderosa del Espíritu Santo actuará dándonos ánimo y fortaleza.

DELINEACIÓN DEL PROCESO DE CONVERSIÓN EN CRISTO

Ver lo que hay en nuestro corazón.

La conversión comienza en la luz de Dios. El Espíritu de Jesús nos ilumina desde dentro y su luz se convierte en juicio (Jn. 3, 19), porque nos hace ver, al principio solo en parte, lo que realmente hay en nuestro interior: el pecado que nos esclaviza. A medida que esa luz se intensifica descubrimos también la profundidad de nuestro mal, pecado, todo lo “desagradable” que puebla nuestro corazón.

La aceptación de nuestra realidad

Aunque la luz del Espíritu nos ilumina, nos deja en libertad para aceptarla o rechazarla. Podemos hacer dos cosas, aceptar que nos muestre todo lo que no es de Dios, o negarnos a aceptar esa iluminación. Dios nos persigue en su amor porque quiere y nos quiere, pero no porque esté obligado. Si aceptamos la luz que nos ayuda a ver nuestro interior, empezamos a dar pasos hacia nuestra conversión.

Aceptar nuestra realidad de pecado (por la luz del Espíritu), nos dispone para recibir una gracia aún mayor: entregarnos a Dios, rendirnos a Él, confesar que somos pecadores pero en la confianza y convicción de que somos perdonados y escogidos por Dios.

De la mano van: reconocimiento del poder destructivo de nuestro pecado y aprender a vivir conscientemente en el Dios que perdona con misericordia porque nos ama. El mismo Dios que suscita en nosotros el arrepentimiento transforma nuestro camino (que antes no tenía salida) en una senda de misericordia.

La actitud de Dios ante nuestra maldad es una llamada a celebrar con confianza y gozo el sacramento de la reconciliación, en el que nos encontramos de frente con su perdón, su abrazo de Padre y con Jesús en la Cruz (donde fuimos perdonados en espera de nuestra aceptación) que confirma su perdón a través de su ministro: el sacerdote. Ese perdón penetra en la totalidad de la vida del pecador, ya que Dios es la plenitud de la vida y se nos da copiosamente (Col. 1, 19).

Una vez que Dios ha dado el primer paso, de nosotros depende el disponernos a esa gracia, a aceptarla y acogerla sinceramente (aunque sea con temor) en nuestro interior y eso marcará el tiempo y la forma en que se irá produciendo el proceso de conversión. Conversión que se va fortaleciendo y profundizando a medida que el Señor va llenándonos con su presencia a través de otras gracias: oración, Eucaristía, Palabra...

La vida en el Espíritu

Esta expresión es equivalente a la profundización de nuestra conversión. Es un aspecto de la conversión en el que se pone más el acento en lo positivo: seguir, imitar a Cristo en su modo de ser y actuar. Intentar parecernos cada vez más a Él.

En la vida espiritual, seguimiento de Cristo, es totalmente necesario pasar por la purificación. Tenemos un corazón duro (Ez. 36, 27) para abrirnos al amor de Dios. Pero en lo más íntimo sentimos esa sed, esa inclinación... nuestro ser clama por ello. Somos contradictorios y el mismo san Pablo se lamentaba de ello porque también lo percibía en él.

La santidad no coincide exactamente con la práctica de las buenas obras, ni con el deseo de crecer y mejorar.

El hombre puede llegar a “cumplir” todo lo que está prescrito y tener su corazón alejado de Dios. La pertenencia a Dios afecta a un nivel diferente y más hondo del mero cumplimiento. En el abandono-madurez del corazón, por su docilidad y desinterés, llega a pertenecer totalmente a Dios. Las buenas obras son necesarias en orden a la santidad, pero no son la santidad, no justifican al hombre. La santidad por ser atributo exclusivo de Dios, trasciende al hombre para situarlo ante Él como lo que es: indigencia, necesitado.

Incluso en el deseo de perfección, puede haber tentación de buscarse a sí mismo, su propia gloria, pero no la de Dios. Cuando no se cae en esta tentación, Dios responde al reconocimiento de la propia indigencia y a la disponibilidad con su amor y su amistad y, éste, sí que es el camino de la santidad.

La experiencia dice que en la búsqueda sincera de la santidad, puede darse con frecuencia una crisis que puede llevarnos a abandonar el camino emprendido.

Esta crisis viene dada por la ilusión que nos creamos de que, una vez entregados a Dios podemos “encontrarle” a la vuelta de la esquina y, en realidad, nos encontramos con nuestros propios pecados y debilidades. Superada esta crisis, la persona camina hacia una transformación más auténtica. Dejará a Dios ser Dios en él. Entonces comprenderá la santidad y la gloria de Dios, la fragilidad y miseria propia. El encuentro de adoración y alabanza ya no se produce en la propia indigencia, sino en el amor con el Dios de la misericordia.

Podría parecer cruel esta forma de actuar de Dios, pero por el contrario es la manifestación más amorosa y tierna. Él va realizando la transformación del hombre a través de los acontecimientos de la vida, el silencio y el alejamiento aparente de aquél que lo busca.

Vamos a exponer brevemente, el proceso que sigue san Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales en este camino de conversión y crecimiento en Cristo. Desde el principio expone, con una visión de conjunto, el plan de Dios sobre el hombre en sus designios eternos sobre él, pero que se realizan en el tiempo con su gracia y la colaboración del hombre.

Ignacio enfrenta al cristiano con su realidad de pecado para llevarlo, desde ahí, gradualmente a una profunda conversión de corazón, de todo el ser, por el arrepentimiento de sus pecados y la total aceptación de la gracia de Dios, que acoge humilde y confiadamente; aceptando las consecuencias que se seguirán a esta aceptación del Señor como centro de su vida.

Va llevando al cristiano a situaciones en las que la gracia pueda actuar fuertemente, especialmente a través de la oración, a la vez que le ayuda a discernir la acción del Espíritu de la del maligno. A esto se le podría llamar el primer estadio de la conversión que se continua profundizando desde otra perspectiva: el seguimiento de Jesús como Maestro y modelo al que mirar e imitar en su ser y actuar ante la voluntad del Padre, para hacer lo que Él hizo, hasta llegar a la consumación de su obediencia (Flp. 2, 5-11).

El cristiano, a través de la oración íntima con Jesús y en un ruego humilde, insistente, a veces desgarrador, va asumiendo lentamente el modo de pensar, sentir y actuar de Jesús al que hace su entrega aún en lo más

arduo de su vida, contando con su gracia y colaborando con su libre voluntad.

El proceso va caminando así de lo deformado a lo reformado; desde el pecado a la gracia, desde la tibieza a un apasionado amor y una determinación firme y consciente.

En este punto el cristiano ya está preparado para hacer su elección de vida de acuerdo a las mociones internas (con la ayuda del director espiritual).

Una vez hecha la elección de seguimiento a Cristo, sigue el proceso de conversión y crecimiento tratando de reafirmarlo contemplando la entrega de Cristo por sus pecados. El mismo Jesús es quien suscita y ayuda a profundizar el arrepentimiento y la conversión, así como el amor y deseo ardientes por Aquél que le mostró su bondad muriendo en la cruz por él. El cristiano y Jesús se van identificando cada vez más íntima y fuertemente de forma que la “personalidad” espiritual del cristiano se va pareciendo cada vez más a la de Jesús.

San Ignacio, una vez que ha llevado al cristiano a vivir la fase del misterio del dolor de Cristo, le lleva a la vivencia de la glorificación. Le lleva a una profundidad tal en la identificación con Jesús, que llega a no tener en cuenta otra cosa que el querer de Jesús, su voluntad. Hay un vaciamiento de sí y Jesús es realmente el Señor de todo su ser. Sólo quiere parecerse cada vez más a Jesús, porque ha sido tomado y transformado totalmente por la acción del Espíritu en las largas horas de oración en la compañía del Señor.

ES AHORA CUANDO COMIENZA EL PROCESO DE CONVERSIÓN QUE DURARÁ A LO LARGO DE TODA LA VIDA.

La ley fundamental del seguimiento de Cristo y del Apostolado

Esta ley es el proyecto que Jesús pone ante sus discípulos (Mc. 8, 34-36): la abnegación de sí mismo.

1. Negarse a sí mismo, encierra un profundo sentido de muerte, exigente y doloroso, pero de él nace el sentido glorioso de verdadera resurrección.

2. Es aceptar el proyecto de salvación de Cristo que cambia los criterios anteriores influidos por la mentalidad del mundo, por los criterios de Dios.

Negarse a sí mismo, incluye entender la vida en términos de entrega, no de posesión; de servicio, no de dominio; de amor oblativo que se da generosa y gratuitamente, no de exigencia de recompensa. Es aplicación de la frase de Cristo “de qué le sirve al hombre ganar el mundo si se pierde a sí mismo” (Mc. 8, 36). Jesús no pide que renunciemos a esta vida creada por él, sino que cambiemos el proyecto sobre ella en la línea del amor que se da, se entrega: del amor oblativo.

Por nuestra parte, debemos profundizar y consolidar nuestra “vida en el Espíritu, aceptando todo sufrimiento en el nombre de Jesús (para que Cristo pueda crecer y llegar a una madurez total en nosotros) y trabajar para desarrollar nuestro mundo e influir en la sociedad humana”.

Es realizar en nosotros la pasión de Cristo, que será coronada por el triunfo de la resurrección. Jesús es consciente de ello y ama con dolor ese proceso interior y exterior del que nacerá la redención como fruto.

Así pues, la pasión está inscrita en el plan de Dios “es el cumplimiento de una lógica que ha guiado desde siempre la historia de la salvación”. Cuando no se tiene en cuenta esta realidad, el hombre tiende a desilusionarse de Dios, a escandalizarse porque esperaba que los acontecimientos tuvieran una lógica distinta, triunfante, victoriosa.

Lo que Cristo pasó, debe reproducirse en su Iglesia y en sus miembros. (1 Co. 1, 16-2, 5). Esta es la marca del verdadero discípulo de Cristo y la prenda de la victoria que arranca, misteriosamente, de la debilidad de la cruz, del amor (invencible en sí mismo).

De la cruz de Cristo, de su muerte por amor, de la debilidad burlada por los hombres, germina triunfante la fuerza de la resurrección. Este es el mensaje, el destino que propone y con el que sella a sus seguidores.

Signos de la inmadurez espiritual:

Signos de inmadurez:

- Incapacidad de aceptar el Evangelio en su contenido y exigencias (1 Co, 5ss.).
- Dejarse mover por la “carne” y no por el “espíritu”. Signos: envidias, celos, rencores...
- Dejarse dominar por la autosuficiencia y la presunción del poder de las propias fuerzas. No reconocer que todo es don de Dios, de su bondad, de su gratitud.
- Afectividad centrada sobre sí mismo, en vez de libre y dispuesta a darle a Dios primero y, por Él, a los demás.
- Concebir la libertad de los hijos de Dios como libertinaje (1 Co. 8,9; 9,4s.; 10,29).
- Renunciar a discernir las cosas y acciones según los criterios de Cristo y de una sana espiritualidad.
- Afán de carismas llamativos y no aspirar seriamente a dones más altos, especialmente el más superior: el de la caridad (1 Co., 12,31; 13, 1ss.).
- Inestabilidad y volubilidad en la fe y en la vida no anclada sólidamente en el Evangelio (Ef. 4, 14) y que se ve traída y llevada por estados emocionales. Es decir, ausencia de convicciones sólidas y falta de firmeza de la personalidad cristiana adulta.

b) Signos de madurez espiritual:

En general los contrarios a los citados, además:

- El convencimiento seguro (Rom. 14,5), la convicción plena (1 Tes. 1, 5) de Dios y de su providencia que se inserta en su plan de salvación respecto de todos y de “mi” personalmente.
- El discernimiento del “bien y del mal” (Hb. 5, 14; 1 Co. 14, 20). Discernimiento orientado a conocer, hallar y realizar la voluntad de Dios en la propia vida. La perfección cristiana no se identifica con un código de leyes, sino por la docilidad y sumisión a la voluntad divina.
- Docilidad al Espíritu S. y a su iniciativa que llevará a discernir lo que más agrada al Señor, a fructificar en toda obra buena (Col. 1, 9ss.) y a la abundancia de sus frutos que crecen y se multiplican en el alma (Gá. 5,22). Implica no confundir las mociones del Espíritu con lo propio; engañarse pensando tener hilo directo con Él. La acción del Espíritu está sometida al

discernimiento de la Iglesia y sus representantes.

- Capacidad espiritual para penetrar, cada vez más, en los misterios de Cristo y aceptarlos como realidades que nos comprometen personalmente y nos llaman a abrimos a la santificación propia y la edificación de la Iglesia en diálogo con el mundo para llevarlo a Cristo (1 Co. 6ss.; Ef. 1, 9; 2, 21ss.; Col. 1, 27).
- Compromiso del hombre entero de forma radical y total con Dios por la salvación del mundo. La vida teologal del amor y la fuerza del Espíritu S. hace salir al hombre de su egocentrismo y lo ordena de manera unitaria hacia el centro nuevo: Dios en Sí mismo (Jn. 20, 28).
- Estabilidad de la conversión de la mente y el corazón. Una toma de decisión de la que, con la gracia de Dios, no se vuelve atrás aún en medio de dificultades y sufrimientos. Renuncia a los “cálculos terrenos” y alejamiento del mal, orientado definitivamente hacia Dios en Cristo (Mt. 6, 21).
- Integración de la propia personalidad en Cristo. La vida cristiana recibe su vertebración mediante las mismas virtudes de Cristo (1 Tes. 5, 23). Es la vida teologal que expande sus efectos sobre deseos, afectos y acciones. El cristiano adulto “está en pie” por la fe (Rom. 11, 20; Gá. 2, 20).
- Compromiso en y por la Iglesia y el mundo. Es vivir la gracia de manera concreta y encarnada. Es el encuentro de la vida teologal y del compromiso temporal según el Evangelio, de forma que la Iglesia y el mundo se acerquen cada vez más a Cristo su cabeza y modelo (Flp. 1, 27; 1 Tes. 1, 7ss.; Ef. 4, 15).
- Dar testimonio sencillo de su vida cristiana en los actos externos de culto, de apostolado, de vida moral, de colaboración en el Reino de Dios con valentía en la evangelización, con la conciencia del aporte de su trabajo en la salvación del mundo y los individuos.

PREGUNTAS

1. ¿Cuánto tiempo dura el proceso de conversión?
2. ¿Cuál sería el diseño del proceso de conversión en Cristo?
3. ¿Qué ley es fundamental en el seguimiento a Cristo?
4. ¿Cuáles son los signos de la madurez espiritual?

Elaborado por el MNF

BIBLIOGRAFÍA

Benigno Juanes, S.J., *Formar Para Servir*, Corporación Centro Carismático Minuto de Dios.